

LAS MUJERES DEL FÜHRERBUNKER

**(Eva Braun, Gerda Christian,
Erna Flegel, Magda Goebbels,
Traudl Junge, Constanze
Manziarly y Hanna Reitsch)**



**(Hitler en su Cuartel General de "Tannenberg",
en Kniebis [Selva Negra], a finales de junio de
1940 [Foto de Walter Frentz])**

**Un recorrido por la parte de su
historia que jamás nadie le contó,
y una disertación sobre aquélla
que sí le han contado pero es falsa**

Santos Bernardo

ÍNDICE

Introducción	3
Prefacio: Las mujeres que condujeron a Hitler al poder ...	35
Cap. I:	
Eva Braun	61
Excurso: Cartas de despedida de Eva Braun a Herta Schneider.....	98
Cap. II:	
Gerda Christian.....	105
Cap. III:	
Erna Flegel	127
Excurso: ¿Fue Erna la enfermera que en la despedida del Führer, exhortó a éste a proseguir la lucha?	153
Cap. IV:	
Magda Goebbels	165
Excurso: <i>“Magda Goebbels. La primera dama del III Reich”</i> (documental emitido el 12/IV/2021 en el canal público “La 2” de RTVE)	189
Cap. V:	
Traudl Junge	205
Excurso: El juez militar norteamericano Michael A. Musmanno entrevista a Traudl Junge, 7/II/1948	211
Cap. VI:	
Constanze Manziarly	283
Cap. VII:	
Hanna Reitsch	317
Excurso: La venganza de Hanna Reitsch	373
Bibliografía.....	435

INTRODUCCIÓN

Sé que reseñar, sobre cualesquiera personajes, que ésta es “su historia jamás escrita”, suena harto tópico. No obstante, aun cuando sólo sea en relación a su extensión, tal es el caso de Gerda Christian y Erna Flegel, tanto en lengua española, inglesa o alemana. Otro tanto cabe decir de la tiroleña Constanze Manziarly, con la única excepción de una revista local de Innsbruck, que al imprimirse tan sólo en papel y no en internet, se halla al alcance de una exigua minoría.

Con todo, su singularidad no viene dada por el número de páginas, sino por los datos incluidos, casi siempre desconocidos. En ocasiones, por estar disponibles únicamente en alemán, pero las más de las veces, por el deseo de mantenerlos lejos del alcance del público.

Asimismo y de manera no menor, en razón a su enfoque. Éste no viene dado por las simpatías -o como suele ser norma, antipatías- que puedan despertar las mujeres que optaron por permanecer, física y anímicamente, junto a Hitler hasta el final. Lo verdaderamente novedoso estriba en que a la hora de plasmar su devenir, los llamados libros de historia, por muchos y fundados motivos que una y otra vez saldrán aquí a la luz, juegan un papel minoritario.

Dicho de otro modo, no me he limitado, como por desgracia suele ser habitual en el mundo editorial, a repetir y exponer lo que otros autores ya han escrito, sino que he acudido a las fuentes mismas. Algunas, expresadas en “tiempo real”, como cartas y diarios; otras, procedentes de la inmediata posguerra, extraídas de interrogatorios y entrevistas a cargo de las autoridades aliadas; también de declaraciones judiciales, y por supuesto, libros de memorias.

Es decir, son los protagonistas quienes toman la palabra, sin interesados cortes ni censuras; sin más comentarios

que los estrictamente necesarios para contextualizar su contenido, y lo que resulta aún más inaudito, desprovistos estos últimos de toda moralina.

En no pocas ocasiones, sus testimonios están expuestos en su totalidad, a fin de facilitar al lector una visión lo más completa posible. El propósito es el de que cada uno pueda forjarse su propia idea, y ello sólo es posible cuando se leen los documentos íntegros, y no la interesada versión ofrecida por el autor de turno. Las traducciones de los mismos, y las anotaciones inherentes, son obra del autor de las presentes líneas, quedando reseñada la procedencia de cada cita a los efectos oportunos. Dichas declaraciones en buena parte son accesibles en la red, depositadas en fondos documentales de archivos, instituciones y universidades. Pese a ello, algunas han pasado desapercibidas -o han sido deliberadamente ignoradas-, y ven por vez primera la luz pública en el libro que tiene en sus manos.

Incidiendo en lo anterior, aprovecho para participar de algo que debiera darse por sentado, pero que por desgracia constituye más bien excepción, y es que doy fe de que he leído el original de cuantos textos cito, ya sean procedentes de archivos o bien de otras obras.

No hago pues como la mayoría de “divulgadores” -me niego a calificarlos de historiadores-, cuyos libros copan hoy buena parte de las estanterías comerciales. Tras leer unas pocas obras, reproducen textos de éstas provenientes a su vez de cualesquiera archivos, y citan directamente a estos últimos como si los hubiesen consultado personalmente. Otro tanto sucede cuando X cita a Y, y con posterioridad el espabilado de Z, que tan sólo ha leído a X, en su libro alude directamente a Y, aumentando así artificiosamente su bibliografía.

Tales lamentables prácticas, comunes a una creciente legión de pretendidos historiadores -con el beneplácito, cuando menos pasivo, de numerosas y bien conocidas editoria-

les-, constituyen un triple y generalizado fraude. En primer lugar, al aparentar una erudición y labor investigadora que les es impropia. En segundo, porque se aprovechan parasitariamente del esfuerzo realizado por otros autores, a quienes a lo sumo mencionan de pasada. Y en tercero, pero no menos importante, porque al introducir un documento al que se supone han accedido, el lector en su buena fe da por sentado que realmente existe, o cuando menos, que contiene lo que se pretende de él. Sin embargo, no pocas veces un autor copia a otro, que a su vez se basa en un tercero, y así sucesivamente. Al tirar de la madeja y llegar a la supuesta fuente original, la sorpresa puede resultar penosamente mayúscula.

En aquellos casos que reproduczo documentos provenientes de otras obras, lo hago constar de forma expresa, siendo éstas a su vez merecedoras de mi confianza, tanto por el rigor como por la solvencia de sus autores.

Todo lo recién expuesto, y que en parte conforma la singularidad a la que hacía mención al principio de estas líneas, es objeto de especial énfasis a lo largo de la obra. Si bien éste es un libro de historia, también lo es acerca de cómo se escribe hoy determinada historia, especialmente la relacionada con el Tercer Reich, aportando ejemplos abundantes, constatados, sangrantes... y casi siempre desconocidos incluso para la mayoría de interesados en la materia.

XXX

A la hora de dar cuenta de los últimos días de la vida de Hitler, hay tres extensas fuentes de información de primera mano que aun siendo básicas, han sido escasamente tratadas.

En términos cronológicos, la primera nos lleva a 1948, y son las decenas de entrevistas llevadas a cabo por el juez militar norteamericano Michael Angelo Musmanno (1897-1968). Como tal intervino en tres de los doce “juicios menores de Núremberg”, presidiendo el relativo a los *Einsatzgruppen*,

cuestión a la que dedico unas breves pero harto impactantes informaciones.

Tales entrevistas, sin embargo, poco o nada tenían que ver con su labor procesal, sino con su proyecto, materializado en 1950, de escribir un libro sobre los días finales en el Búnker del Führer: *“Ten days to die”*. Si bien dicha obra, en términos historiográficos y también literarios, dista de poder ser calificada de provechosa, las entrevistas que realizara al efecto a muchos de quienes vivenciaron aquellas fechas junto a Hitler, sí lo son. Las transcripciones de las mismas, al igual que el amplio legado de Musmanno, cuya carrera judicial le llevaría a ser miembro de la Corte Suprema de Pennsylvania, se hallan en la *“Duquesne University”* de Pittsburgh, y pueden ser consultadas por internet (se encuentran bajo el epígrafe “mussinter”, abreviación de *“Musmanno Interrogations”*).

La siguiente fuente nos conduce a comienzos de la década de los cincuenta, y está conformada por las declaraciones judiciales de diversos testigos de aquellas trágicas jornadas en la semiderruida Cancillería del Reich.

A los pocos años de la muerte de Hitler, surgió la inevitable cuestión legal de definir el destino de su herencia material, disputada por familiares y autoridades. Un primer paso, empero, era el de declararle oficialmente fallecido, algo por entonces no tan obvio a raíz de las numerosas informaciones contradictorias. El juzgado de Berchtesgaden a cargo de dicha indagación procedió a citar a cuantos pudieran dar cuenta de su final: oficiales de su Cuartel General; ayudantes, secretarias y demás personal de servicio; miembros de su escolta... Su número, sin embargo, era relativamente reducido, pues la mayor parte de quienes podían testificar se hallaban recluidos en el Este. En 1955 dicho procedimiento adquirió un notable impulso, pues ese año, fruto del acuerdo entre el canciller Konrad Adenauer y las autoridades soviéticas, la gran mayoría de los presos alemanes que aún

quedaban en los campos de la URSS retornaron a su patria. Entre ellos, numerosos testigos clave capturados en Berlín, y condenados a largas penas de trabajos forzados. A menudo no por crimen alguno, pues era suficiente su mera pertenencia a la SS, y a los que hay que sumar aquéllos de ser culpables de “estar en el sitio equivocado en el momento inoportuno”, como Käthe Heusermann (1909-1993), asistente del dentista de Hitler.

Por desgracia, dichas declaraciones judiciales, conducidas de manera muy profesional y precisa, no figuran en la red. Por fortuna, en el que posiblemente sea el libro más riguroso y completo sobre el final de Hitler, *“Hitlers Ende. Legenden und Dokumente”*, del historiador germano Anton Joachimsthaler, se recogen numerosos e ilustrativos extractos.

La tercera y última tanda de testimonios tiene lugar a finales de la década de los sesenta y comienzos de los setenta, y corrieron a cargo del por entonces admirado, y hoy denostado, historiador británico David Irving.

Con destino a la más importante y voluminosa de sus obras, “La guerra de Hitler”, se entrevistó con numerosos personajes secundarios y terciarios que jamás habían sido contactados, bien porque no habían despertado interés, bien porque a tenor de muchas malas experiencias entre sus conocidos, habían optado por permanecer en la sombra. Las informaciones que obtuvo, no ya verbales, sino en forma de documentos, diarios, cartas, etc., fue sencillamente apabullante.

Irving donó copia de las transcripciones y apuntes de dichas entrevistas al muniques Instituto de Historia Contemporánea (*“Münchner Institut für Zeitgeschichte”*), y se encuentran disponibles en la web de dicha institución.

Estos tres ricos surtidores de testimonios constituyen, por así decirlo, la columna vertebral que sustenta la presente obra, pero ni mucho menos son los únicos. Además de adicionales interrogatorios y entrevistas, se hallan presentes

relevantes pasajes de cartas y diarios, así como numerosos libros de memorias. También, aun cuando como ya referí, en número reducido, obras historiográficas y crónicas periodísticas especialmente relevantes; éstas, por desgracia, no abundan, y a menudo quedan aplastadas por la ingente morralla de la literatura pretendidamente hitleróloga.

XX

Entrando en materia, son siete aquí las mujeres objeto de estudio. En lo que respecta a las más desconocidas, se trata de biografías hasta cierto punto completas, pues dan igualmente cuenta de sus orígenes. En el resto, dicho propósito sería inviable e incluso inútil. Dada su magnitud, precisarían de un libro entero, y a su vez, muchos de sus datos biográficos son conocidos y accesibles por doquier, de ahí que me limite a su período final junto a Hitler. Éste, sin embargo, no abarca simplemente sus días últimos, sino que se extiende a meses atrás, cuando la marcha de la guerra las confronta con un cada vez más previsible destino.

En el caso de Eva Braun, se inicia la víspera de la partida de Hitler del Berghof, su amado retiro alpino en el Obersalzberg, tenida lugar el 14 de julio de 1944, y al que ya no retornaría jamás. Su dramática e incluso premonitoria despedida es relatada por Maria von Below, esposa del oficial de enlace de la Luftwaffe en el Cuartel General del Führer, Nikolaus von Below, pertenecientes ambos a su círculo íntimo.

Durante el aproximadamente medio año que Hitler permaneció allí, él y Eva Braun perfilaron el futuro en caso de una muerte cada vez más probable, y que cerca estuvo de materializarse a resultas del atentado del 20 de julio, acontecido menos de una semana después de su marcha del Berghof. Tales planes en común se los confió Hitler a Goebbels, quien los recoge en su diario con fecha 24/VIII/44.

Con todo, y por milagrosamente que se sustrajera entonces de las garras de la muerte, que no se fue de vacío pues

sesgó la vida de cuatro de sus colaboradores, ésta seguía acechante. El progresivo deterioro de su salud, que le dejaría postrado por completo durante la primera semana de octubre; el descubrimiento de un pólipos potencialmente cancerígeno en su garganta, y la proximidad de las tropas soviéticas, que combatían ya a un centenar de kilómetros de su cuartel general, condujeron a Eva Braun a formalizar su testamento el 26 de octubre de ese año. Puestos en orden sus asuntos terrenales, quedaba dispuesta para afrontar un fin al que si bien le faltaba aún poner fecha, era harto probable que se hallase próximo.

El 21 de noviembre Eva partía de Múnich en dirección a Berlín. Allí se reunía con Hitler, quién recién había trasladado a la Cancillería del Reich su Cuartel General de Prusia del Este (al que a semejanza del Berghof, ya no regresaría). Al día siguiente le era extirpado el pólipos de su garganta, y durante los siguientes días no pudo comunicarse sino mediante susurros. Por primera vez ambos convivían abiertamente fuera de Baviera, una situación que se afianzaría tras sucesivas y más prolongadas visitas de Eva, únicamente interrumpidas durante el período en que Hitler se trasladó al Oeste con motivo de su contraofensiva de Las Ardenas.

El 6 de febrero de 1945 celebraría junto a Hitler en la capital del Reich su treinta y tres cumpleaños, y tras una última visita a su querida Baviera, el 7 de marzo retornaba a Berlín para no volverse ya a marchar.

Entre los numerosos testimonios recogidos sobre aquel período, y que dan fe de una actitud muy distante a la de la mujer frívola que es presentada por doquier, citar por ejemplo el proveniente del más veterano miembro de la Ayudantía del Führer, Julius Schaub; el del también miembro de dicha Ayudantía, y a quien Hitler encargara su última orden, Otto Günsche; el del amigo de Hitler y antiguo jefe de Eva, Heinrich Hoffmann; el del piloto de Hitler, Hans Baur; el de Artur Axmann, jefe de la Juventudes Hitlerianas, así como

aquel de su enlace y miembro de dichas Juventudes, el por entonces adolescente Armin Dieter Lehmann; el del responsable de la centralita del Führerbunker, Rochus Misch; el del previamente mencionado oficial del enlace de la Luftwaffe ante el Cuartel General, Nikolaus von Below...

En un excuso aparte, reproduzco íntegramente las cartas de despedida dirigidas a su amiga Herta Schneider, escritas por Eva escasos días antes de morir, y cuya traducción al español, al menos en su totalidad, no me consta haya sido efectuada jamás. Reflejan, mejor que cualquier otro testimonio ajeno, la personalidad y el sentir de su autora.

XXX

La siguiente biografiada es Gerda Christian, conocida como "Dara" en razón a su apellido de soltera (Daranowski), y generalmente considerada como la secretaria favorita de Hitler.

Tres coloridas semblanzas acerca de su personalidad, y el efecto de ésta sobre el Führer, son las ofrecidas por sus colegas Christa Schroeder y Traudl Junge, así como por parte del ministro de Sanidad del Reich, el Dr. Karl Brandt. La de este último, escrita en una prisión aliada de la que ya no saldría con vida.

Además de reseñar su paso por el Führerbunker, y apuntar a su más que horrible devenir una vez abandonado éste, reffiero un aspecto interesante e ilustrativo de su biografía, cual es el constituido por la visita que le hiciera Michael A. Musmanno, el ya citado juez militar norteamericano. El testimonio de Dara al respecto da buena cuenta de las prácticas ejercidas entonces por las autoridades aliadas, no siendo las llevadas a cabo por Musmanno, por reprobables que fueran, precisamente de las peores.

El interés, de índole mucho más mundana que historiográfica, que Dara despertase en él, se ve insólita y estrambóticamente reflejado en la transcripción de su entrevista con uno de los estenógrafos adscritos al Cuartel General del

Führer, Ludwig Krieger. Tiene lugar cuando éste le participa de una notoria escena, por él presenciada, que da fe del trato deferente que Hitler tenía con ella. Lo que sigue sería cómico de no ser porque muestra las veleidades de un hombre, al que dada su condición de juez, cabría atribuir mayor altura moral, y que durante su paso por Alemania iba a dictaminar varias sentencias de muerte.

Un último apunte sobre ella lo constituye su estrecha amistad, en los años posteriores de su vida, con uno de los más estrechos colaboradores de Hitler, el oficial de la SS Otto Günsche. De ello da cuenta, entre otros, el amigo de ambos Hermann Giesler; tras Albert Speer, el arquitecto favorito del Führer.

XXX

Erna Flegel, enfermera del puesto de socorro y ulterior hospital de campaña habilitado en la Cancillería del Reich, es la siguiente de la lista.

Su testimonio acerca de esos últimos días en general, y aquéllos de Hitler en particular, fue recogido en noviembre de 1945 por un joven oficial de la Inteligencia militar norteamericana: Richard Helms. Décadas después llegaría a lo más alto de la CIA, ejerciendo asimismo un destacado papel en la política exterior norteamericana.

Lo manifestado por Erna, con una sinceridad y valentía raya entonces al suicidio, tiene un interés más que notable, y como lo calificaría el propio Helms treinta y seis años después, continuaba siendo “uno de los testimonios más fide dignos” obtenidos entonces.

Con todo, y por extraordinario que sea su contenido, el devenir del documento en sí apenas lo es en forma menor. Permaneció durante muchos años extraviado, concretamente hasta 1981. Como le referiría por carta Helms a su descubridor, el Doctor en Historia James B. Khan, éste había triunfado allí donde los esfuerzos de la célebre Agencia de Inteligencia

gencia tornaron infructuosos, pues él mismo, ya en la cima de la CIA, había ordenado sin éxito indagar su paradero.

El texto de dicha carta, así como el documento en sí, son reproducidos aquí en su integridad. Éste último también lo fue en una revista de carácter interno de la CIA, STUDIES IN INTELLIGENCE, acompañado de unos comentarios que si bien no van firmados, a todas luces cabe atribuir a Helms, y que igualmente introduzco.

En ellos se hace hincapié en una cuestión, que si bien puede resultar un tanto anecdótica, supone una muy buena muestra de cuán difícil es la indagación histórica del Tercer Reich, regida por el recelo, los convencionalismos, y la falta de rigor. Se trata de cuando Erna alude a una “hermana parda” -*Braune Schwestern*, una asociación femenina nacionalsocialista de carácter asistencial-, quien en la víspera de la muerte de Hitler, al despedirse éste del personal sanitario y femenino presente en la Cancillería del Reich, proclamó ante el Führer un encendido alegato hitlerista.

Conforme a la publicación de la CIA, y basándose en un libro publicado pocos años atrás por James P. O'Donnell, “*The Bunker*”, la autora de tal soflama habría sido la propia Erna. Para ello, O'Donnell se remitía al testimonio de uno de los presentes en aquel encuentro, el médico de la SS Ernst Günther Schenck. Dicho sea de paso, la celeberrima película de “El hundimiento” se acoge a dicha tesis, y el personaje que encarna a Erna es quien protagoniza tan encendido discurso.

En un excuso aparte, reproduczo las palabras de Schenck tal como las recoge O'Donnell en la edición en lengua inglesa de su obra, que es la citada en STUDIES IN INTELLIGENCE. Las cosas, empero, no son tan sencillas como esta publicación infiere.

De haber acudido a la previa edición alemana, publicada bajo el título de “*Die Katakombe*”, asombrosamente -o no

tanto para quien haya leído numerosa literatura sobre la época- la autoría otorgada por Schenck varía: en lugar de ser Erna, se trataría esta vez de una jefa de la BDM (la organización juvenil femenina adscrita al Partido).

En el colmo del confusionismo, en las propias memorias de Schenck, la protagonista de tal arrebato no es una hermana parda, ni una jefa de la BDM, ni tampoco la propia Erna, sino otra enfermera.

Como refiero a modo de conclusión, la Historia -con mayúsculas- está muy lejos del simplismo histórico que hoy la asfixia -y las dos únicas entrevistas que concediera Erna, poco antes de fallecer, dan fe de ello.

× × ×

Al igual que sucediera con Eva Braun, en el caso de Magda Goebbels su relato biográfico, por obvias razones de espacio, queda limitado al período final de su vida.

El punto de arranque lo constituye su decimotercer aniversario de boda, que celebraría en compañía de su esposo e hijos el 19 de diciembre de 1944. Esa noche el matrimonio recibía la felicitación telefónica de Hitler, al que a su vez también congratulaban en razón a los éxitos iniciales de su sorpresivo ataque en Las Ardenas, iniciado tres días atrás. El elocuente y apasionado relato de aquella velada quedaría reflejado en el diario del ministro.

Cinco días después festejaban la que iba a ser la última Nochebuena de sus vidas. Una muy emotiva crónica de aquella jornada es la proporcionada por Käthe Hubner, la joven institutriz de los tres hijos mayores del matrimonio. Si bien todos contribuyeron de una u otra forma, el protagonismo probablemente lo ostentó la pequeña Hedda, la penúltima de sus seis hijos, al recitar el poema navideño “De nuevo se hará la luz”, un título cargado de significado que hizo derramar las lágrimas de su padre ante todos los presentes.

El siguiente salto en el tiempo nos conduce al 21 de enero de 1945. Wilfred von Oven, agregado de prensa de Goebbels, vivenció al calor de la chimenea aquella noche invernal junto al matrimonio. El diálogo de la pareja, que Oven consignara en su diario, arroja luz sobre el posterior y trágico destino.

Pocos días después toda la familia se trasladaba a la capital, pues pese a que ésta se hallaba sometida a terribles bombardeos, era más segura que su residencia a las afueras de Berlín, al alcance ya de cualquier irrupción blindada soviética. El 22 de abril lo hacían al propio Búnker del Führer, del que ya no saldrían con vida pese a las insistentes demandas de éste.

Entre los diversos testimonios de su estancia, destacar el de Hanna Reitsch, quien compartió no pocas horas con Magda y en número aún mayor con sus hijos, sobre los que lega un retrato más que entrañable.

Se incluye la reproducción íntegra de la dramática carta de despedida de Magda dirigida a su hijo Harald, al igual que la más desconocida escrita por Joseph Goebbels, las cuales Hanna lograría sacar de la capital. También el testamento político de este último, en el que hace referencia a la determinación adoptada por él y su esposa, y que en cierto modo es respuesta al propio testamento de Hitler, donde consigna su último intento por salvar la vida de todos ellos.

A modo de cierre, el ayudante personal de Goebbels, Günther Schwagermann, un lisiado oficial de la SS que lograría evadir el cerco soviético de la capital, da cuenta a sus captores norteamericanos de la despedida última del matrimonio.

XXX

Tras Eva Braun y Magda Goebbels, la más conocida entre las aquí presentes es Traudl Junge, la joven secretaria de Hitler. Además de ser autora de un célebre libro de memorias, y haber sido entrevistada en diversas ocasiones, su

relativa fama obtendría un definitivo impulso por medio de la película “El hundimiento”. De hecho, su personaje da hilo conductor a la trama, y se erige en protagonista tras el propio “Hitler”.

El inicio de su semblanza se inicia, precisamente, mediante la exposición del pueril perfil que le otorga dicho film. La omisión de datos clave, incluido no sólo el de su condición de viuda, sino el mucho más relevante relativo a la identidad de su difunto marido, se unen a un vergonzoso “final feliz” que dista años luz del real.

Puesto que como ya señalé, el lector fácilmente puede acceder por sí mismo tanto a su biografía -presente en incontables páginas de internet-, como a su autobiografía -editada en español-, considero superfluo incidir en su vida más allá de los elementos básicos. Por el contrario, y en lo que a los días finales de Hitler concierne, creo ser de bastante mayor utilidad aportando el texto íntegro de la primera, más extensa e intensa de las tres entrevistas que a comienzos de 1948 mantuviera con el juez Musmanno. El original de su transcripción mecanográfica precisó de nada menos que 59 páginas, y en él se recogen revelaciones y detalles que no se hallan presentes en sus memorias. En especial, su relato verbal de los días del Führerbunker es obviamente más directo y espontáneo que el escrito, sujeto a mayores reservas.

Antes empero de dar paso a dicha transcripción, aporto informaciones que arrojan luz a su colaboración con Musmanno, la cual no está carente de sombras. Algunas llamativas, como las que Junge manifestara décadas después a David Irving; otras penosas, como su contribución en calidad de “asesora histórica” al film austriaco *“Der letzte Akt”* (“El último acto”), que bien cabe calificar de primer predecesor de “El hundimiento”. Rodado en 1954, se basa principalmente en el libro del propio Musmanno, y si algo lo caracteriza es su profusión de tópicos.



En el centro, Traudi Junge junto al juez Musmanno. A la izda., su traductora, Elisabeth Billig

Puesto que toda entrevista refleja, además de la personalidad del entrevistado, también la del entrevistador, es lógico que este último despierte a su vez interés. De cara a ampliar su esencia y naturaleza, revelador es su papel a la hora de presidir el llamado "Proceso de los Einsatzgruppen", de ahí que incluya algunas informaciones que parecerían inverosímiles de no ser porque proceden del WASHINGTON POST.

Con todo, el grueso del espacio dedicado a Junge lo conforma su más que larga entrevista, que a su vez cuenta con numerosas notas a pie de página en las que consigno diversas observaciones, bien aclarando o ampliando sus declaraciones, bien añadiendo una más que necesaria matización. También hay veces que pongo en duda alguna de sus manifestaciones, y no en razón a que considere que mienta. Más bien son consecuencia de la contaminación de lecturas posteriores, a las que alude con relativa frecuencia,

y que enturbian su propio recuerdo. Un traspie de la memoria que probablemente el lector juzgue raro, pero que acontece más a menudo de lo que se tendería a creer, y ha sido objeto de numerosos estudios.

XXX

Reza el dicho que todas las comparaciones son odiosas, incluidas también aquéllas tendentes a establecer, entre las protagonistas aquí presentes, cuál tuvo un destino más trágico, por no decir terrible. Visto empero desde una determinada perspectiva, quizá el que más corresponda a Constanze Manziarly, la dietista de Hitler que pasó directamente de realizar sus prácticas en un sanatorio, a hacerse cargo de los platos con destino al Führer. De entre todas las reseñadas, era quien menos motivos tenía para permanecer voluntariamente junto a su jefe, rechazando a tal fin la evacuación ofrecida por éste, gesto por el que pagaría uno de los peores precios que imaginar quepa.

Lo que se sabía de ella era muy poco, y en parte, incierto. A veces, como intrínseca consecuencia de su carácter humilde, y a menudo, por el desinterés de la clase historiográfica, cuyo ninguneo, tal como queda expuesto en ulteriores páginas, resulta patente a la par que insultante en las escasas obras que la mencionan.

Así habría seguido hasta el final de los siglos... de no ser por el extraordinario artículo del historiador austriaco Stefan Dietrich. Publicado en 2017 en ZEIT-RAUM-INNSBRUCK, prestigiosa revista dedicada a la capital del Tirol -ciudad en la que naciera y residiera Constanze-, supuso un salto estratosférico en lo referente al conocimiento de su persona.

Su anciana hermana Susanne compartió con Dietrich no sólo cuantiosos datos acerca de Constanze, sino también fotografías así como varias de sus cartas, algunas escritas desde los diversos cuarteles generales de Hitler. Su lectura nos presenta a una joven modesta, hogareña, amante de su

familia, y cuya vocación profesional la absorbe muy a su pesar de manera creciente, hasta conducirla sin haberlo pretendido jamás a la mesa misma del jefe del Estado.

Además de impresiones personales, dichas misivas posibilitan conocer algo más del día a día del Cuartel General del Führer, así como el de su entorno más cercano, con informaciones cuando menos sorprendentes, como los racionamientos de todo tipo que no hacían allí excepción. Hay referencias al atentado del 20 de julio, estando ella presente en el momento en que Hitler se dirigió al pueblo alemán, o a los combates que un par de meses después tendrían lugar a un centenar de kilómetros, con sus consiguientes dramas para la población civil, y que convirtieron a la hasta entonces idílica provincia en zona de guerra.

Asimismo, algunas de las dudas que habían dejado los escritos de quienes la conocieron entonces, tales como su supuesto origen griego, por qué Hitler se refería a ella como poseedora de un nombre mozartiano, o su proyecto de ejercer como maestra, una profesión en principio alejada de la que había escogido, quedan igualmente aclaradas por Susanne, quien conforme a Dietrich, a menudo no podía contener las lágrimas al aludir a su única hermana.

Aparte de las referencias a su extenso artículo, doy entrada a los escasos testimonios que existen acerca de ella, jalones de informaciones adicionales, como la diferencia entre su estilo culinario y el de su predecesora, la vienesa Marlene von Exner. También sobre la extraordinaria relación que tuvo esta última con Hitler, así como el ulterior trato, no menos extraordinario, que le brindaron las autoridades norteamericanas.

Por lo que respecta al destino final de la protagonista, una dramática carta hasta ahora inédita de Traudl Junge, escrita en noviembre de 1947 con destino al padre de Constanze, amplía en forma detallada lo referido en sus memorias.

De la séptima y última biografiada bien puede decirse que es relativamente famosa a la par que desconocida. Quien más y quien menos está al tanto de que Hanna Reitsch fue una célebre aviadora, y que pilotó hasta el Berlín sitiado por el Ejército Rojo al General de la Luftwaffe Ritter von Greim, llamado a reemplazar a Göring. Aparte de esta proeza aeronáutica, cuyo derroche de heroísmo es reconocido por propios y extraños, quizá el lector haya oído hablar de su destacado papel en el desarrollo de las V-1 tripuladas. Con todo, y por extraordinarios que sean sus logros, records y hazañas en el mundo de la aviación, anteriores y posteriores a la guerra, ésa es la parte menos interesante de su biografía.

Ésta se inicia en su patria chica silesiana. Hija de padre prusiano y madre tirolesa, decisiva en su vida fue la fe luterana de su hogar paterno, que hasta entrada la juventud la determinó a ser misionera a la par que médico, profesión del padre que ella quiso emular. No obstante, la original religión católica de su madre, que había tenido que dejar atrás al contraer matrimonio, le sugestionó en igual medida, estando presente a lo largo del devenir de su vida. Otro tanto cabe decir de la pasión musical de los padres, con quienes ya desde niña y en unión a su hermano, conformaba un cuarteto musical que cada fin de semana deleitaba a sus vecinos. Si bien en edad adulta no profundizaría por esa vía instrumental, las canciones populares de su Silesia natal, a la par que los jodl tiroleses, le ayudarían a amenizar las horas de sus vuelos, entonándolos también en otros momentos de no menor soledad que igualmente marcarían su vida.

Iniciada su pasión aeronáutica en una escuela de vuelo sin motor cercana a su hogar, pronto daría el salto a los aviones propiamente dichos, y su pericia le otorgaría gran renombre ya en los primeros años del Tercer Reich.

Una vez iniciada la guerra, sus conocimientos los puso al servicio del esfuerzo bélico de su patria, ensayando diver-

sos prototipos; entre ellos, el primer avión-cohete de la historia, el Messerschmidt 163, con el que sufriría un grave accidente, así como la ya referida V-1 tripulada, una bomba volante prácticamente suicida, y cuya prevista pero jamás realizada puesta en servicio capitaneó.

Estos datos biográficos, que incluyen asimismo el legendario vuelo que le llevaría hasta el Führerbunker, y que finalizan en el momento de su internamiento por las tropas aliadas, se hallan presentes en su libro autobiográfico *“Fliegen, mein Leben”* (“Volar, mi vida”). Publicado en diversos idiomas, ha sido igualmente editado en español por editoriales pequeñas y de escasa tirada.

Conforme a mi costumbre -siempre que me es posible- de hacer uso de las ediciones en lengua original, práctica asentada en no pocas malas experiencias, he echado mano en este caso de la germana, pero ésta no constituye ni mucho menos la única de mis fuentes.

Por citar algunos ejemplos, el relativo a su encuentro con Hitler en febrero de 1944, con motivo de hacerle entrega de su diploma para la Cruz de Hierro de Primera Clase. Si bien ha sido narrado por ella misma, el episodio cuenta asimismo con el testimonio del oficial de la Luftwaffe Nikolaus von Below, único testigo presente. Por lo que respecta a su decisivo papel a la hora de poner a punto la V-1 tripulada, lo que ella por modestia apenas perfila, es narrado por alguien que igualmente lo vivenciera de primera mano: Otto Skorzeny, célebre oficial de la SS que en septiembre de 1943 había liderado la operación que logró liberar a Mussolini. Una crónica de su familiaridad en el Cuartel General del Führer, hasta donde sé, inédita en cualquier idioma, es la ofrecida por el otorrinolaringólogo que trató a Hitler tras el atentado del 20 de julio, Erwin Giesing, y que dejó escrita al mes de finalizar la guerra en un campo de reclusión aliado.

Señalar que también he hecho -escaso- uso de *“The women who flew for Hitler”*. Escrita por la inglesa Clare Mulley

y publicada en 2018, constituye la última obra biográfica destinada a Hanna, y con cuya crítica doy inicio a la mía.

Como ya referí, los datos de su vida, si bien sólo abarcan hasta la primera mitad de 1945, se hallan recogidos en *“Fliegen, mein Leben”*, e igualmente están presentes en numerosos artículos y páginas de internet. Con todo, mucho más desconocido, pero en absoluto menos interesante, es lo que le aconteció a continuación, y que Hanna narra en su libro *“Höhen und Tiefen”* (“Alturas y profundidades”), el cual únicamente está editado en alemán.

Su paso por las prisiones aliadas, el trato que le fuera dispensado, y su empeño por mantener la dignidad en toda circunstancia por adversa que fuera, es relatado por ella misma con la apasionada intensidad que siempre la caracterizó. Además de diversos pasajes, reproduzco en su integridad todo un capítulo de dicho libro: “Una vivencia de graves consecuencias”. En él da cuenta de una visita que sin duda otros muchos presos igualmente recibieron, y en la que un oficial norteamericano -aunque a todas luces, nacido en Alemania- le hizo una propuesta “que no podía rechazar”. Su negativa le atrajo las graves consecuencias a las que hace mención el título del capítulo.

Por último, y como muestra de su empeño por defender la que ella consideraba verdad histórica del pasado reciente de su patria -pretensión ésta más heroica y temeraria que la de sus gestas aeronáuticas-, incluyo asimismo la carta que en 1973 le publicara el conocido semanario germano *DIE ZEIT*. En ella hacía una sardónica y demoledora crítica a la película “Hitler, los últimos diez días”, y que protagonizada por Sir Ales Guinness, vendría a ser “El hundimiento” de la década de los setenta. Su lectura da fe no sólo de la maniquea tergiversación de la historia, sino de la increíble resolución de una pequeña mujer de poco más de metro y medio de altura física, pero que en materia de coraje se elevaba hasta las cotas que acostumbraba sobrevolar.

Esta obra quedaría muy incompleta si además de los hechos en sí, no hiciera alusión al posterior tratamiento de los mismos. Es ésta una parte de la Historia del Tercer Reich casi tan interesante como los sucesos que la conformaron, y es la referida a su adulteración, cuestión que nada tiene que ver con mentes calenturientas. Bien al contrario, constituye una realidad que la mayoría ignora, y que la minoría restante prefiere en su mayoría ignorar. No se trata por consiguiente de teorías, sospechas o hipótesis, sino de falsedades y falsificaciones plenamente constatadas, tan omnipresentes durante su período de vigencia, como objeto de silencio una vez desenmascaradas y cumplida su función.

Antes empero de entrar en detalles, permítaseme una breve reflexión.

No hay período histórico cuyo estudio esté presidido por una mayor carga moral que el hitleriano. Sin embargo y por paradójico que sea, tampoco lo hay cuya aproximación cuente con tantos ejemplos de deshonestidad. Y no me refiero aquí a las lamentables prácticas anteriormente descritas, relativas a autores que plagan a otros sin rubor, pero muy en especial, sin consecuencias, ni siquiera editoriales. Por desgracia, tales abusos se dan cita por doquier, y no sólo en el campo de la Historia, por más que en materia de nazismo hayan encontrado una quasi absoluta impunidad.

Me refiero a la prominencia de falsos testigos, aceptados no en razón a la solvencia sino a la conveniencia, y que no requerían de especiales investigaciones para ser expuestos como farsantes. Al uso interesado de testimonios que son presentados cual palabra divina, pero que a menudo son fruto de terceros. A la reproducción tan sólo de aquellas partes que encajan con la tesis que se quiere apuntalar, omitiéndose otras igual de relevantes pero inoportunas. También, y por increíble que parezca, a la profusa introduc-

ción de datos inexistentes, los cuales no son producto de la equivocación sino de la invención.

Quien ose denunciarlo es objeto de puritano escrutinio, y Dios le libre en caso de no tener un perfil impoluto de corrección política. De poseer alguna mácula, ya no habrá necesidad de entrar a debatir sus argumentos, pues quedan automáticamente descalificados por las pretensiones, reales o supuestas, del que las formula. No importa el qué, sino el quién, práctica ésta que pese a evocar las del Tercer Reich, es usada con ahínco por quienes no pierden ocasión en declararse máximos detractores del denostado régimen.

De tratarse empero del más pulcro erudito, lejos de obtener público reconocimiento a sus desvelos, corre el peligro de ser relegado y condenado al silencio, cuando no acusado de oscuros propósitos y etiquetado con graves epítetos. En definitiva, la ira mediática, y por desgracia, con frecuencia también académica, no se dirige al autor que abusando de la buena fe de los lectores, fue poco o nada escrupuloso a la hora de valorar y manejar sus fuentes, sino hacia aquél que se atreva a revelarlo.

Tan inquisidor celo podría tener sentido en los años que siguieron al fin de la contienda mundial. A la derrota militar de Hitler debía sumarse la política, y el “todo vale” de la guerra prosiguió tras ésta. Lo que resulta más difícilmente explicable es que transcurridas varias décadas, se siguiera haciendo uso de falsarios testimonios que hoy reconoce como tales incluso la biempensante Wikipedia.

Los ejemplos al efecto no faltan a lo largo de estas páginas, y conforman un extenso excuso final que he titulado “La venganza de Hanna Reitsch”.

Como ya apunté, ésta dedicó la segunda mitad de su vida no sólo a retomar su pasión aeronáutica, sino a denunciar a quienes falseando sus actos, pretendían ofenderla no sólo a ella, sino a su patria. Estos últimos no siempre estaban guiados por motivaciones ideológicas, sino por las más

mundanas de acomodarse a los nuevos tiempos y obtener beneficio de éstos, como el caso del antiguo capitán de caballería Gerhard Boldt.

Testigo de las semanas últimas del Cuartel General de la Cancillería del Reich, Boldt logró evadir el cerco soviético de Berlín y llegar a la zona ocupada por los aliados occidentales. Suya fue la primera obra que relataba los sucesos del Führerbunker vistos desde dentro. Publicada en 1947 y de manera coordinada en Alemania, Austria y Suiza, *“Die letzten Tage der Reichskanzlei”* (“Los últimos días de la Cancillería del Reich”) constituía un relato de primera mano con destino al lector de lengua alemana. Las informaciones que contenía no sólo aportaban una imagen deprimente y desasegante de Hitler y su entorno, sino que daban cuenta de acciones desesperadas y despiadadas ordenadas por éste, y que de forma deliberada habían ocasionado la muerte de millares de berlineses.

Entrevistado en 1948 por Musmanno, además de importantes revelaciones acerca de él mismo, refiere que en reacción a su libro, ya había recibido la vista de Hanna Reitsch y su hermano, quienes lejos de arredrarse, lograron que efectuara determinados cambios en ediciones posteriores. Éstos sin embargo concernían tan sólo a su persona, quedando el resto invariable; en especial, las impactantes y criminales órdenes hitlerianas causantes de víctimas tan cuantiosas como inútiles. Las mismas no tardaron en abrirse paso a nivel mundial, y no sólo en las diversas traducciones del libro, pues fueron igualmente diseminadas por incontables artículos. Asimismo, quedaron recogidas en las obras de diversos autores, como por el ejemplo la destinada a la caída de Berlín fruto de la pluma de Cornelius Ryan, célebre firmante del “Día más largo”.

Lo que muchos años después sucedería con las historias - por no decir historietas- del Sr. Boldt, es lo que a estas alturas intuye el lector.

INTERROGATION OF CAPTAIN GERHARD BOLDT by JUDGE MUSMANN
1420 hours, 17 March 1948, H. Nelson -- Interpreter, Billig.

Q Let us have your full name, please?
A Gerhard, G-E-R-H-A-R-D, Boldt.

Q Your permanent address?
A Luebeck, HamburgerStrasse, 53.

Q Are you a professional soldier?
A No.

Q How old are you?
A Thirty (30) years old.

Q When did you enter the military service?
A 1937.

Q In what rank or capacity?
A As a Cavalryman. My first rank was Reiter. One year later I became ROB, that means Officer Aspirant of the Reserve in the Cavalry Regiment No. 13.

Q Did you remain in the Army from then on?
A Yes, until August 1945.

Q Did we have something to do with your getting out in August 1945?
A I did not become a prisoner of war.

Q Not
A No, not for one day. Later I was in a civilian internment camp for a half year only to be interrogated.

Q What rank did you hold when you went to the Reich Chancellery?
A Rittmeister, Cavalry Captain.

Q In what capacity did you go to the Reich Chancellery?
A I must make a very clear distinction here. In December 1944 I was selected together with three other aspirant officers to become the first ordnance officer to the Chief of the General Staff. First of all, Captain Spranz was selected first of the three and five weeks later I got his position. I was substituted for him.

During those five weeks I was working in the Department Foreign Armies in the East under the command of General Gehlen.

Primera página de la trascipción de la entrevista del juez Musmanno con Gerhard Boldt, 17/III/48. Ya en ella establece que pese a provenir del Cuartel General del Führer, no pasó "ni un solo día" como prisionero de guerra, y que previamente sirvió bajo las órdenes del General Reinhard Gehlen, futuro jefe de los servicios secretos de la República Federal Alemana.

XXX

Más allá de Gerhard Boldt, fue contra el todopoderoso historiador cortesano Sir Hugh Trevor-Roper con quien la recluida, depurada, empobrecida e indefensa Hanna sostuvo una lucha que bien cabe calificar de épica. Autor en 1947 de "The last days of Hitler", que como su título indica, versa sobre los últimos días del Führer, su unísono reconocimien-

to internacional le elevaría hasta las más altas cotas, siendo nombrado Lord por la reina.

De manera asombrosa, Hanna también logró que en la segunda edición Trevor-Roper efectuara determinados cambios relativos a su persona, pero otros igualmente ofensivos permanecieron inalterables hasta el final de sus días. Jamás se lo perdonó, y nunca perdió oportunidad de presentarle como un historiador que “no está interesado en la verdad sino en la política”, como aún en 1973 se atrevió a escribir en la ya citada carta que le publicó DIE ZEIT -dicho sea de paso, en ella también arremetía con implacable sarcasmo contra Gerhard Boldt, “asesor histórico” del film objeto de su misiva.

Cuando Hanna falleció, Trevor-Roper estaba en la cima de su fama, pero ya algunas sombras se habían cernido sobre él. Su celebridad le había aupado en su día a prologar las conocidas “Conversaciones de sobremesa de Adolf Hitler”. En su introducción, escrita en 1952 y pomposamente titulada “La mente de Adolf Hitler”, sacaba principalmente a colación tres fuentes.

La primera, *“Das Ende des Hitler Mythos”* (“El fin del mito de Hitler”), libro publicado en Viena en 1947. Su autor, Josef Greiner, se presentaba como compañero de desventuras del futuro Führer durante sus años juveniles en la capital danubiana.

Entre sus muchas “anécdotas”, la de que Hitler contrajo entonces la sífilis de manos de una prostituta, obtuvo eco mundial y fue objeto de sesudos estudios freudianos, los cuales pretendían dar explicación a su ulterior devenir.

La segunda, *“Gesprache mit Hitler”* (“Conversaciones con Hitler”), publicada por vez primera en 1939, y desde entonces traducida y reeditada en incontables ocasiones. Fruto de la pluma de Hermann Rauschning, un político conservador que en 1933 se erigió en primer presidente de la Dan-

zing nacionalsocialista, y que dos años después pasaría al exilio, glosaba el contenido de numerosas conversaciones que mantuvo con el Führer. En ellas éste no sólo le daba cuenta de sus actos más secretos, como la quema del Reichstag, sino que también le participaba de su filosofía e intenciones futuras, incluidas las belicistas.

Como testigo de excepción de los más ocultos y significativos planes de Hitler, su presencia fue solicitada por la fiscalía soviética durante el Juicio de Núremberg. Pese a que se excusó de testificar por hallarse en su nueva patria de adopción, los Estados Unidos, su nombre y en especial el contenido de su libro estuvo presente en no pocas sesiones del proceso, concretamente catorce.

La tercera y última, *“Hitler Privat”*, de Albert Zoller. Dicho libro, publicado en 1949, se basaba en los testimonios de una “secretaria secreta” cuya identidad no era revelada en la obra, pero que Trevor-Roper sí procedió a desvelar en su introducción a las “Conversaciones de sobremesa”: Christa Schroeder.

El historiador inglés no creó necesario dar explicación alguna a tan insólito oscurantismo, que hurtaba al lector de *“Hitler Privat”* del nombre de la autora de tan exclusivos detalles acerca del Führer, figurando en su lugar un tal Zoller. La aclaración que Trevor-Roper omitió, la daría la propia Christa Schroeder.

El inaudito trasfondo y la enorme repercusión de estas tres obras, que conformaron el puntal sobre el que el historiador inglés basó su introducción, supera lo imaginable. Tan grande y duradera fue la vigencia de las mismas, como sigiloso, pudoroso y forzoso su ulterior mutis por el foro. La disculpa que en el año 2000 redactó el honorable Lord con destino a una edición ampliada de las “Conversaciones de sobremesa”, y que igualmente reproduzo, constituye una buena muestra de la actitud despectiva y prepotente que caracteriza a numerosos historiadores de temática “hitleriana”.

Sin embargo, y cual Tutankamón, la maldición de Hanna Reitsch adquiriría una escala que hace palidecer la de aquél. El inconcebible e incommensurable fiasco de los falsos “Diarios de Hitler”, sobre cuya dimensión el común de los mortales no conoce sino la punta del iceberg, certifica en sí mismo los males que hoy adolece la Historia en general, y la de Hitler en particular. Fue el lógico resultado de la más que laxa aproximación a cuantas fuentes tuvieran potencial relación con él, y cuya veracidad quedaba supeditada a la rentabilidad ideológica, o como en este caso, económica. El escándalo golpeó de lleno al archienemigo de la aviadora, y Trevor-Roper ya no volvería a levantar cabeza, siendo su nombre objeto de chirigota. A decir verdad, no fue sino el chivo expiatorio de una extendida y fraudulenta historiografía, a la que sin duda contribuyó, pero de la que no fue sino un beneficiario más.

XXX

Con todo, tales ejemplos quedan hoy superados por el campo de los documentales, pues cada vez es más reducido el número de privilegiados que leen libros.

El formato televisivo resulta aún más idóneo para desplazar la capacidad de crítica y raciocinio. En la presente obra eludido los abundantes y zafios ejemplos al respecto, dado que su refutación no requiere de grandes esfuerzos. En el caso empero de Magda Goebbels, doy comienzo a su semblanza haciendo alusión a un documental que muchos considerarán ejemplo de ecuanimidad, y al que por su relevancia destino asimismo un excursus.

Se trata de “Magda Goebbels. La primera dama del III Reich”, producción francesa del año 2017, y que cada tanto es emitida por nuestro canal público “La 2”.

La alta calidad de las imágenes, muchas de ellas raras veces vistas, unido al tono comedido de los comentarios, haría creer que se trata de una prometedora excepción. La reali-

dad, sin embargo, certifica que es más de lo mismo aunque en hechura más refinada.

Los errores no son pocos. La gravedad de su envergadura varía, pero incluso los menores son del todo inexplicables. Otros, por el contrario, se entienden demasiado bien, pues además de no estar sustentados en evidencias, obedecen al morbo y al sensacionalismo, auténticos cánceres del mundo moderno.

Los detalles más escabrosos de la supuesta vida de Magda, y cuya fuente no es aclarada en momento alguno al espectador, están extraídos de un serial publicado en 1952 por la revista alemana REVUE, un semanario de entretenimiento muy popular entonces. Con independencia del formato, su autor fue un conocido novelista y guionista que jamás se caracterizó por su apego a la verdad: Erich Ebermayer. Tanto es así, que firmó tales crónicas con pseudónimo.

Éste, señores, es el nivel.

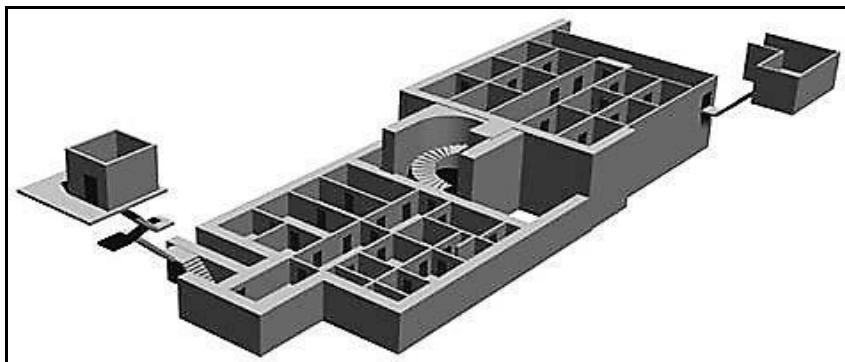
XXX

Como cierre, una cuestión un tanto técnica, cual es dar unas muy básicas pinceladas acerca del escenario donde transcurre buena parte de esta obra: el Búnker del Führer en la Cancillería del Reich.

Más que explicar lo que fue conocido como el Führerbunker, para lo que el lector cuenta con amplísima información en la red, mi propósito es dilucidar lo que no fue, pero que artículos y películas han hecho pasar como tal.

A comienzos de 1936 se construyó un primer búnker subterráneo en la Cancillería, pero en 1943 se decidió su ampliación mediante otro adicional, más profundo y reforzado. Ambos estaban adyacentes, se comunicaban mediante una escalera, y podían separarse mediante una pesada puerta de hierro. El primero fue denominado a partir de entonces *Vorbunker*, que vendría significar “antebúnker”, y el segundo sería el Führerbunker propiamente dicho.

Uno y otro contaban con una quincena de estancias, y excepción hecha de las habitaciones del Führerbunker destinadas a Hitler, en términos generales los miembros de su entorno más estrecho hacían vida común en el resto. En definitiva y a efectos prácticos, ambos búnkeres pueden considerarse un conjunto, y en lo sucesivo salvo que especifique lo contrario, el nombre de Führerbunker engloba genéricamente a los dos.



Lógicamente buena parte de las estancias, que incluían depósitos, baños, cocinas, salas de máquinas y comunicaciones, etc., no eran dormitorios. Si bien algunas se improvisaron como tales, la inmensa mayoría de los miembros del Cuartel General del Führer, conformado por militares de mayor o menor graduación, ayudantes de todo tipo, integrantes de su escolta..., no se alojaba allí. A tal efecto se habilitaron los sótanos de la Nueva Cancillería del Reich, diseñada por Albert Speer e inaugurada en 1939 junto a la ya existente. Desde ellos, un pasillo conectaba con el *Vorbunker*.

Si bien los bombardeos habían destruido buena parte de la Cancillería, especialmente la antigua, algunas salas de la nueva quedaron relativamente indemnes y continuaron operativas hasta poco antes del final. Sin embargo y como ya señalé, era en los sótanos de la Nueva Cancillería donde se daba cobijo al grueso del Cuartel General. También servía de refugio antiaéreo a madres parturientas o gestantes, si bien con el tiempo se fue abriendo a un género más amplio de

berlineses. Además de servicios auxiliares como cocinas para sustentar a cuantos allí se hallaban, había un primitivo puesto de socorro transformado en hospital de campaña.

El espectro de los allí alojados era amplio: Generales y sus ayudantes, los miembros de la guardia de Hitler, edecanes, personal propio de la Cancillería... Sólo los de mayor rango tenían “una cama en propiedad”, pues en las diversas salas eran muchos los camastros utilizados indistintamente a medida que quedaban libres. No obstante y como es lógico, se formaron distintos grupos en conformidad a su condición: oficiales, tropa, limpiadoras y cocineras, personal sanitario... Éstos, en la medida que lo permitía el espacio cada vez más abarrotado, hacían vida común en estancias diferenciadas.

A las condiciones ya de por sí peculiares además de precauciones, se unía un porvenir nada halagüeño. El martilleo constante de la artillería, el terror al ejército rojo, y las perspectivas de muerte o cautiverio, constituyeron pesarosos factores que cada uno sobrellevó como pudo. En tales circunstancias, y teniéndose ante sí un fin próximo y lúgubre, la acendrada disciplina prusiana dio paso a actitudes más laxas, produciéndose situaciones cuando menos surrealistas.

Por citar un par de ejemplos, el ofrecido por el oficial médico de la SS Ernst Günther Schenck, quien en esos días prestó servicio en el ya citado hospital de campaña de la Cancillería:

«Pocos días antes de la capitulación, apareció ante los puestos de guardia [de la Cancillería] un joven soldado soviético de cabeza rasurada, el cual fue conducido escaleras abajo. ¿Había quedado disperso, se había pasado a nuestras líneas, era un espía? No entendía palabra alguna en alemán, y los interrogatorios no sacaron nada en claro. Alguien hizo la propuesta de cortar por lo sano y colgarlo, pero los hombres del [General-SS Wilhelm] Mohnke *[A CARGO DE LA DEFENSA DEL BARRIO GUBERNAMENTAL -NOTA DE SB]* lo dejaron con vida. Con su uniforme

color tierra, se sentó desde entonces con los soldados, que compartían sus cigarrillos con él, y muy pronto se integró en el subterráneo. Guardaba su turno en las respectivas colas, tanto para ir a buscar la comida como para ir al servicio, y encajaba bien en todas. Creo que al igual que yo mismo, la mayoría sentía lástima por él, un resto más del naufragio de la batalla. Desapareció poco antes del final»¹.

Otra muestra la brinda Traudl Junge:

«Esa misma noche tiene lugar una boda. Una joven ayudante de cocina se casa con un chófer del parque móvil. Un valiente compañero ha recogido, en el infierno de la ciudad, a la madre de la novia y al resto de la familia. Caminamos entre tenebrosos pasillos hasta las desmoronadas ruinas de la vivienda del Führer [en la antigua Cancillería del Reich]. Entramos en una estancia de alto techo, iluminada con velas. Resulta sombría y extraña. Hay una hilera de sillas y un púlpito. El secretario de Estado [del Ministerio de Propaganda] Dr. [Werner] Naumann hace una alocución, la pareja se coge de las manos, y los órganos de Stalin *[LANZACOHETES SOVIÉTICOS - NOTA DE SB]* aportan una estremecedora música. Las paredes y ventanas tiemblan y retumban; apenas se entienden las palabras nupciales. Felicitamos a la joven pareja y regresamos al búnker mortuorio. Los invitados a la boda la festejan; uno lleva un acordeón, otro un violín. Los recién casados bailan sobre el volcán»².

1.- Si bien Schenck refiere este episodio en sus memorias (*"Ich sah Berlin sterben: Als Arzt in der Reichskanzlei"*; Nicholaische Verlagsbuchhandlung; Berlín, 1970; pág. 112), he hecho uso aquí de su testimonio, más gráfico y elocuente, recogido por James P. O'Donnell y Uwe Bahnsen en su obra *"Die Katakombe"*. Deutscher Taschenbuch Verlag. Múnich. Edición de 1977. Pág. 191.

2.- Traudl Junge & Melissa Müller: *"Bis zur letzte Stunde"*. Claassen Verlag. Múnich, 2002. Pág. 198.

Como habrá denotado el lector, lo hasta aquí expuesto atañe bastante más a los sótanos de la Cancillería y a las ruinas de ésta, que al Führerbunker, lo cual obedece a mi propósito, ya anunciado al inicio, de remarcar lo que éste no fue.

Apenas hay artículo, película o documental sobre los últimos días de Hitler, que no incida en fiestas más o menos salvajes, regadas de mucho alcohol, y en ocasiones convertidas en bacanales.

Ciertamente los testimonios de los alojados en los subterráneos de la Cancillería del Reich, sin llegar en absoluto a tales extremos, ratifican que no pocos buscaron en la bebida evasión a un futuro más que incierto, y que dependiendo del grupo y la ocasión, la desesperación daba paso a la desinhibición.

Por lo que respecta al Führerbunker, pese a su proximidad geográfica, la realidad era muy otra. Como ratifican los supervivientes, allí no había fiestas, ni excesos alcohólicos, ni oficiales descamisados, ni bailes improvisados, por más que como ya apunté, aún hoy se siga pretendiendo lo contrario. En ocasiones de la manera más burda, y otras en forma deliberadamente confusa, haciendo creer que lo que acontecía en los sótanos o en las estancias aún en pie de la Cancillería, tenía lugar poco menos que en la habitación contigua a la de Hitler.

Hanna Reitsch calificó el ambiente del Führerbunker cercano al de una cripta, y el resto de los allí presentes confirman que ni Hitler, ni su entorno, a pesar de las circunstancias y la estrecha convivencia, se dejaron llevar por el abandono o la falta de decoro. Como recojo en el capítulo destinado a Traudl Junge, en su última noche Hitler convocó a los integrantes de su tropa de escolta, y tras agradecer sus servicios y despedirse, les libró de su juramento. Con ello no hacía sino confirmar, lo que su matrimonio y la muerte de Blondi había anunciado mejor que cualquier otra declaración, y es que el fin se hallaba muy próximo.

Resultado de lo anterior, verdad es que el 30 de abril Hitler vivió sus últimas horas en un ambiente más “distendido”: las puertas estaban abiertas, había menos formalidades y se relajó la prohibición de fumar. El resto, bien es ficción, bien no transcurrió allí.

XXX

No quiero finalizar esta introducción a las páginas que siguen, sin hacer mención a las que le dan comienzo. Están conformadas por un prefacio que nos conduce al inicio mismo de esta historia, el cual también está protagonizado por mujeres. Me refiero a aquéllas sin cuya contribución Hitler difícilmente habría podido salir del anonimato político, y por ende, hacerse con la Cancillería del Reich, escenario del final. Se trata de una sucinta aproximación a cinco figuras femeninas, que a excepción de la nuera de Richard Wagner, son prácticamente desconocidas pese al papel crucial que ejercieron en su despegue: Gertrud von Seidltz, Elisabeth Bruckmann, Helene Bechstein, Winifred Wagner y Hermine Hoffmann.

No me queda sino agradecer como siempre al lector su atención, confiar que lo aquí expuesto le sea ilustrativo y resulte de su interés. Ojalá que de ello se deriven nuevas lecturas que le permitan ampliarlo, cuando menos ratificarlo, y llegado el caso, corregirlo o rebatirlo. A diferencia de los nuevos apóstoles de la verdad, prefiero una aproximación crítica a una aceptación complaciente.

En Historia no hay más dogmatismo válido que el de las fuentes. Así como su integridad y manejo son sagradas, sus interpretaciones no, sin más límite que la honestidad, el sentido común y el apego a la verdad.

Santos Bernardo